

SOBRE EL ARTE Y LA CULTURA

El erudito no es culto, es erudito. Cuando su saber se convierte en sabiduría y entiende por él que la vida sí merece la pena de ser vivida, entonces es culto.

Cultura no es la suma de actividades culturales, es mucho más.

Cultura debe tener su última aspiración en lo metafísico, o dejará de ser cultura.

Quizá la causa del hundimiento de las culturas sea la falta de creencia en sus reglas del juego como valores encarnados.

Nos tenemos, entre todos, que inventar una nueva cultura, salvando del naufragio los fragmentos más válidos de las anteriores y construyendo unas nuevas reglas del juego con los restos de las civilizaciones que se desploman, especialmente nuestra querida Europa, tan admirable, tan desgana, que ya no piensa más que en vivir bien en el más tonto sentido de la palabra.

Silenciosamente hace tiempo está en formación una nueva cultura. Hay "datos testigos" en el arte de fuertes influencias culturales. Pensemos en la influencia del arte negro a principios de este siglo, o el japonismo de finales del pasado.

Hay otro ejemplo más profundo: creo que ha sido casi un dogma, las excepciones son poquísimas, en el arte de Occidente que en la composición de una obra de arte haya un "centro de gravedad de la atención".

Es inconcebible pensar que cuando Rafael se dispone a pintar la Sagrada Familia del pajarito dejara de pintar este tema para que, girando la cabeza con la máquina fotográfica hoy y adoptando un nuevo encuadre, eligiese para pintar la mata de enebro que pudiera haber al lado.

Pero todos sabemos que en la pintura china, aunque no siempre, lo mismo da pintar un bambú que otro bambú y que el imaginario encuadre fotográfico podría tomar innumerables posiciones y todas serán válidas. Lo importante es cómo pintar el bambú.

No hay centro de gravedad de la atención.

Esto va a pasar ostensiblemente hacia los años cincuenta de este siglo en la pintura occidental. Ejemplos sabidos en obras de Jackson Pollock, Jean Dubuffet, Tobey y tantos otros. Hoy esa práctica es ya común en el arte occidental.

El arte, con tantas y raras cualidades, sirve

adecuadamente para muchos "tests", y lo mismo que la temperatura se acusa mejor, se ve mejor en un termómetro que en un árbol, en el arte se contemplan, cuando se sabe contemplar, un sinfín de datos difícilmente perceptibles en otros objetos.

Y uno de los problemas del pensamiento occidental está en relación con el concepto de estructura y me temo que no lo digo en el mismo sentido que los estructuralistas. En Occidente, las cosas tenían que estar evidentes de determinada manera, con un detrás y un delante, una parte principal y otras accesorias, etc.

Todo tenía que estar diáfano, hasta los pecados tenían que estar en lista. Que esto sea porque Occidente haya sido antes Cristianidad, y el cristianismo histórico se encarnase en el Ius Romano en vez de un misticismo oriental es otra cuestión. El caso es que el concepto de estructura en Occidente queda extraordinariamente duro y hasta vicia conceptos como el de revolución, que parece que es cambiar una cosa completamente, cuando en realidad no pasa de un cambio más o menos profundo, pero que nunca afecta a los fundamentos radicales, aunque alguna vez lo aparente por la violencia de los medios.

Para luchar hay que tener un lugar previo a los contendientes y que pervive y es el campo de batalla. Cuando una rueda da una vuelta completa, una revolución, y aunque haya avanzado es el mismo suelo el que la sostiene.

Dice T.S. Eliot en Cuatro cuartetos: "Los enemigos, unidos en su discordia..." todo esto está en relación con el arte más actual. Hay como un principio de indeterminación. Todos los artistas del pasado querían hacer obras para la eternidad. Sabemos que es imposible. Hasta las Pirámides egipcias se van desmoronando y eso sin hablar del lenguaje, que al ser siempre simbólico en el arte necesariamente cambia o desaparece y cuando es indescifrable se convierte ese arte en simple arqueología.

Ahora hay arte que se quiere putrescible. Que no pueda tener plusvalía, que no pueda entrar en el mundo del consumo. Los criterios son muy distantes a los de EL ESCORIAL o VERSALLES. Pero lo sorprendente es que creo que cada vez vamos más por esa vía.

Es la toma de conciencia de que en el mundo

no hay, no debe haber contradicción. Que la contradicción la hacemos los hombres al ponernos en medio de las cosas, o de otros hombres, y al dar la cara a uno damos la espalda al otro. Que la contradicción en el momento que nos separamos se convierte en polaridad. Antes los protestantes eran los herejes, luego fueron los hermanos separados. Lo blanco y lo negro no pasan de ser los extremos de la gama de grises, cuando a la vez se consideran lo rojo, lo amarillo, lo azul y todas sus posibles combinaciones.

El fondo es nada más y nada menos que el problema de la racionalidad, la irracionalidad y la toma de conciencia en libertad.

En las reglas del juego que constituye el Renacimiento -para mí uno de los momentos más admirables de Occidente por sus pretensiones- parece que no incluyeron como valor encarnado la irracionalidad. Los hombres la practicaban en sus vidas, pero no estaba en sus reglas, en su arte, aunque algunas veces se asomara inesperadamente. El pueblo que nunca es tonto, no lo aceptó, no se veía representado completo en él, incluido lo que luego describiría Freud y sus seguidores. Sí se identificó en el Barroco, con tanta carga irracional.

Las religiones y por ello sus iglesias han entendido esto muy bien. Por eso sus fiestas y sobre todo las más excelsas son una combinación perfecta de lo racional y lo irracional, o si se quiere la combinación de las creencias y la organización, junto a la sensibilidad y a la creación artística, consiguiendo algunas veces hitos de la Humanidad en la expresión de una cultura.

Pensemos en la Semana Santa de Sevilla, donde el arte escultórico, integrador de fervores y de olores de sudores y de azahares, y de flores, y de visiones de atardeceres y amaneceres hacen vibrar a las gentes sencillas que entienden perfectamente y en hondura lo que hay que entender y por la vía de los sentidos. Esto nos lleva a ese concepto tan usado del arte elitista. Desde Lascaux, Altamira, Egipto, China, Grecia, Roma, La Polinesia o África, etc., hasta ahora, unos cuarenta mil años nada menos y excepto en unos cientos de años en Occidente, quizás también en China y Egipto, el arte con la religión ha estado junto al pueblo. Que en determinados lugares la